

PEQUEÑOS RELATOS PARA GRANDES HEROÍNAS

ISABEL

Aquella mañana era fría. El cielo de un gris plomizo había estado toda la noche amenazando con descargar una fuerte tormenta; a pesar de la previsión meteorológica, no cayó ni una gota. Hacía unos días que el viento del norte empujaba sin piedad y la borrasca se había instalado sobre el mapa del país.

También, en el corazón de Isabel, desde hacía algún tiempo, reinaba el frío y el desconsuelo, pero cuando se despertó esa mañana, tuvo el convencimiento de que algo importante iba a ocurrir. Se acercó a la ventana y sin retirar la cortina oteó la calle; las ramas de los árboles del paseo agitaban sus hojas a merced del viento. Chasqueó los dedos y empezó a tararear una vieja melodía. Volvió la cabeza y recorrió con la mirada su dormitorio. Con pasos milimétricos se plantó frente al armario y, durante unos instantes, lo miró con detenimiento; abrió una puerta y rebuscó en su interior, amontonó en una silla las prendas de vestir que sacaba y las abandonó, indiferente. Volvió a la ventana y se entretuvo mirando al exterior. Al cabo de un rato, regresó junto a la silla repleta de ropa; vestidos, faldas, pantalones y blusas le plantaron cara. No se atrevió a esquivar aquel desorden y, reuniendo la fuerza y el coraje necesarios, lo recolocó todo en sus perchas.

Abatida, se sentó en la silla. Se preguntó qué era lo que pretendía con esa actitud. De qué se trataba, ¿de olvidar? ¿De qué le serviría arrinconar su tristeza? No era una cuestión tan ínfima como para hacer borrón y cuenta nueva. Quizás lo que quería era encontrar, pero encontrar... ¿El qué? No obtuvo respuesta. Lo que había perdido no era algo que pudiera localizar en el armario. De sobra lo sabía, pero su subconsciente le decía que conseguirlo conllevaba una profunda reflexión y, de momento, su debate interno tampoco había dado un fruto satisfactorio; al contrario, la distanciaba de una firme determinación. Por ahora, concluyó, a su alcance tenía un sustituto; sí, lo tenía ahí, a su lado. Sus ojos tropezaron con el cajón de la cómoda. Respiró profundamente, intentando relajarse. No debía entrar en el bucle del desconsuelo. De nuevo, canturreó la vieja canción, como tantas veces; recurría a aquella tonadilla para levantar el ánimo. Era su balón de oxígeno.